

# EL HOMBRE DETRÁS DE LAS CARTAS

Como se ha destacado reiteradamente, en las últimas décadas han proliferado en España las biografías y memorias, dos géneros que no eran típicos en nuestra historia literaria, caracterizada tradicionalmente por su decoro. Además, según José-Carlos Mainer (2015), la publicación de epistolarios de escritores ya no es una novedad en lo que este crítico llama el «rescate de la intimidad». Sirvan como ejemplos la *Correspondencia de Juan Valera* (en edición de Leonardo Romero), el *Epistolario completo de Unamuno* (editado por Colette y Jean Claude Rabaté), la *Correspondencia entre Pedro Salinas y Jorge Guillén* (editado por Andrés Soria y Enric Bou), el *Epistolario de Juan Ramón Jiménez* (editado por Alfonso Alegre Heitzmann), las cartas de Vicente Aleixandre a Miguel Hernández (recopiladas por Jesucristo Riquelme) y la *Correspondencia Carmen Martín Gaité-Juan Benet* (edición de José Teruel) entre otros muchos más. Dentro de esta nueva tendencia, se destacan las cartas de amor de Jorge Guillén a su esposa, Germaine Cahen, que Carmen Sigüenza (2010) califica como «el mejor poemario del autor», y las cartas-poemas de Pedro Salinas a Katherine Whitmore (edición de Enric Bou). Las cartas escritas por mi padre, Juan Luis Alborg Escartí, a mi madre, Conchita Carles Abello, durante la Guerra Civil española se pueden estudiar perfectamente dentro de esta nueva tradición y en relación con los epistolarios amorosos de estos dos poetas, puesto que comparten varios rasgos en común y, sobre todo, porque revelan facetas íntimas desconocidas anteriormente de sus autores.

En preparación a la celebración de un simposio en la Universidad de Málaga en 2014 para marcar el centenario del nacimiento de mi padre, visité la que fue su residencia de verano en El Escorial con mis colegas los profesores José Polo y Ángeles Encinar para cerciorarnos de que todos sus libros y docu-

mentos habían sido catalogados como parte del legado de su obra destinado a la Universidad de Málaga. En algún momento durante nuestra visita, el portero nos advirtió que existía un altillo en el edificio y que él tenía la llave. Subimos sin demora y en una caja grande, bajo notas de clase y fichas de alumnos de los años en que mi padre fue profesor de Latín en la Universidad Central de Madrid (1952-1961), hoy Complutense, encontramos la nutrida correspondencia entre mis padres durante la Guerra Civil. Allí se encontraban, claramente escondidas, más de ochocientas cartas junto a mucha otra correspondencia familiar. Desde entonces no me he separado de esta mina de información y me he dedicado a estudiar y analizar estas cartas.

Para dicho simposio, «El legado de Juan Luis Alborg en su centenario», escribí un artículo sobre mi padre como figura donjuanesca, «La redención del Don Juan», ya que él se jactaba de ser y fue un conquistador considerable, a pesar de que estuvo casado con mi madre más de treinta años. En esa ocasión concluí que, como el Don Juan de Zorrilla, mi padre se redimió a través de su intenso amor, manifiesto en dichas cartas a mi madre, quien para estos efectos fue su doña Inés. Ya desde entonces destaqué el evidente carácter romántico de mi padre, su destreza para el léxico amoroso y la exuberancia que anticipa su obra crítico-literaria posterior<sup>1</sup>.

Otra de las mayores sorpresas de la lectura de esas cartas fue descubrir que de joven mi madre fue muy diferente a la madre que yo conocí. Un minucioso estudio me demostró que, puesto que ella se había criado bajo las doctrinas de la Segunda República (1931-1939), distaba mucho de ser la mujer tradicional que yo había conocido durante los años represivos del franquismo (1939-1975) en los que yo me crié. Aunque no hubiera sido una miliciana ni una guerrillera, mi madre representaba los ideales de una joven republicana, puesto que trabajaba para el gobierno republicano en el Ministerio de Propaganda primero y después en una cooperativa<sup>2</sup> y, además, donaba sangre a las víctimas de la guerra. A la vez,

---

1 El Simposio Internacional sobre Historiografía y Crítica de la Literatura Española «El legado de Juan Luis Alborg» se celebró en la Universidad de Málaga entre los días 26 y 28 de noviembre de 2014. Se encuentra en prensa el libro titulado *El legado de Juan Luis Alborg: Semblanzas y estudios en torno a un crítico literario*, recopilatorio de las ponencias allí impartidas —oportunamente revisadas y ampliadas— acompañado de nuevas contribuciones fruto de la investigación en los fondos documentales y bibliográficos de mi padre; bajo la coordinación de J. Lara y B. Molina, está prevista su publicación en la editorial Pórtico durante el presente año.

2 A partir de noviembre del 1936, Valencia se había convertido en la capital oficial del gobierno republicano bajo el gobierno legal de su presidente, Manuel Azaña.

por ser la mayor de siete hermanos, tenía numerosas responsabilidades domésticas como tal. Publiqué el resultado de mi investigación en inglés en un libro de memorias bajo el título de *My Mother, That Stranger. Letters from the Spanish Civil War* (Alborg, 2019).

Sin embargo, en estas cartas mi padre se retrata exactamente como el hombre que yo conocí: liberal en sus creencias religiosas y políticas, aunque fuera tradicional en su percepción de los roles masculinos/femeninos; un hombre apasionado, polémico y heterodoxo. Es como si el intelectual y crítico literario en que se convirtió ya existiera cuando era un joven de veintitrés a veinticinco años y estaba sirviendo en la retaguardia del Frente del Sur contra las fuerzas franquistas, anticipando el final de la guerra para casarse con mi madre, quien estaba esperando su regreso en Valencia.

El presente libro intenta desarrollar estos aspectos no estudiados previamente de las cartas entre mis padres. Es como el pago final de la deuda que, como hija, como escritora y como la encargada de su legado, tengo con mi padre. Por lo tanto, esta introducción y la conclusión están escritas en primera persona bajo un punto de vista filial, mientras que el resto de esta edición respeta una perspectiva más académica y objetiva en tercera persona. Además, estas cartas son un testamento de esa herencia cultural republicana que se perdió a causa de los años del franquismo. Cartas como las de mi padre sirven para desarrollar la contextualización histórica perdida de esa época y constituyen una visión única, original, esencial de la Guerra Civil que no se puede igualar a ningún libro de la historia oficial. Realmente son como un testamento de la herencia cultural española perdida y ahora rescatada.

La correspondencia entre los soldados y sus familias era una necesidad básica tan importante como la comida, el refugio y la salud. Salvo algunas excepciones, el correo no dejó de funcionar durante toda la guerra precisamente para mantener alta la moral de los soldados. En la zona nacional en particular, se estableció un sistema de Madrinas de Guerra, jóvenes voluntarias que escribían a los combatientes que carecían de familiares que pudieran escribirles. En el bando republicano se hizo una campaña de alfabetización llamada las Milicias de la Cultura y se publicaron centenares de carteles fomentando la escritura de cartas; además se distribuían tarjetas postales a los soldados para facilitar la comunicación. Se calcula que el volumen de la correspondencia durante los tres años de guerra fue enorme, de varios centenares de millones de cartas; solamente en las milicias catalanas se repartían unas 30.000 tarjetas postales diarias (cf. Camps, 2011).

Las cartas de Juan Alborg a Conchita Carles, además de ser parte de este legado histórico, caben también dentro del rescate de la intimidad mencionado arriba y como tales son comparables a la correspondencia amorosa entre Jorge Guillén y su esposa Germaine Cahen o las cartas de amor entre Pedro Salinas y Katherine Whitmore, aunque es evidente que la relación entre mis padres no fue ilícita como la de estos dos últimos (v. Guillén, 2010 y Salinas, 2018). Es notable que entre Juan y Conchita no solo han sobrevivido más de ochocientas cartas, que representan la totalidad de la correspondencia, sino que han perdurado las cartas de ambos. Generalmente, en los epistolarios publicados póstumamente solamente se conserva la correspondencia de uno de los corresponsales, y raramente las cartas completas de los dos, como sucede con las cartas entre mis padres<sup>3</sup>.

De acuerdo con Anna Caballé (2018), aunque la función primordial de las cartas sea la comunicación y su importancia testimonial y biográfica, hay que considerar también su valor literario. Esta es la intención primordial de este estudio, puesto que el estilo de Juan Alborg se destaca por su originalidad; es descriptivo, humorístico, tajante, repetitivo, expresivo. En términos de José Teruel, se trataría de concebir «este epistolario como un relato», como él hace en su estudio de la correspondencia entre Carmen Martín Gaité y Juan Benet (Martín Gaité, 2011: 9).

A la vez es evidente la complejidad del carácter de mi padre: melancólico, irascible, romántico, inteligente. En una de sus primeras cartas a mi madre, incluso antes de estar en el frente, se define ya a sí mismo de esta forma y por la profundidad de su amor:

*Muchas veces he pensado con temor que quizá por mi temperamento especialmente antilírico, un poco seco, y más apto para berir y para incursar, no acierte nunca a darte una idea siquiera aproximada de lo entrañable de mi amor por ti* (16 DE JUNIO DE 1936).

Vamos a ver también la diversidad de sus intereses literarios a través de las listas de libros que él le encargaba a mi madre, las citas de autores que hacía de memoria y las frecuentes referencias culturales, filosóficas y literarias. Por ejemplo, mi padre era un gran admirador de Pío Baroja y de él deriva su propia caracterización como «hombre de acción». Pero su mayor modelo fue Martin

---

3 Por lo tanto, las cartas de mi madre también forman parte del legado donado a la Universidad de Málaga.

Arrowsmith en *Doctor Arrowsmith*, la novela de Harry Sinclair Lewis que tuvo una influencia considerable en su psique y en sus relaciones con mi madre<sup>4</sup>. La intención de este estudio será no solo valorar su epistolario como una creación íntima y poética, sino como reflejo de la obra narrativa que siempre deseó escribir en contraste con su labor como historiador de la literatura española<sup>5</sup>. En otras palabras, esta correspondencia destaca un aspecto de su personalidad inesperado para el lector que conozca su obra crítica.

Se verá que en sus cartas hay varias referencias a sus planes de ser novelista; por ejemplo, dice: «¿Por qué me pones en una notita al margen que le escriba a mi mamá? ¿Te han dicho alguna cosa? No me preocupa mucho, pero en plan de novelista me interesa» (27 de julio de 1937). De hecho, se han encontrado cuentos y poemas inéditos entre los documentos de su mencionado legado que él prelude en sus cartas «... dentro de poco tendremos en sazón un misterio tan bonito que yo podré escribir fácilmente un cuento de miedo y tres o cuatro de ladrones» (22 de febrero de 1938). Pero entonces para él las cartas eran su manera preferida de comunicación. Por ejemplo, se declara a su novia por carta y se la entrega personalmente antes de encontrarse separados por la guerra. Igualmente le propone matrimonio por correspondencia, aunque se ven en Valencia en varias ocasiones mientras él está destinado en el frente. Espero demostrar que este epistolario representa la obra narrativa que siempre quiso escribir y nunca llegó a efectuarse a causa de su labor académica y sobre todo a causa de su monumental proyecto de la historia de la literatura española.

El valor narrativo y poético de su epistolario es evidente en las detalladas descripciones de los pueblos andaluces a los que está destinado primero —Andújar, Arjona, Arjonilla— y en la provincia de Valencia durante los últimos meses de la guerra, al igual que en las bellas representaciones del paisaje con sus ríos y arboledas. Sus cartas incluyen diálogos entre los diversos personajes que le acompañan (4 de enero de 1939). Mariana, por ejemplo, es su antagonista, el enchufado del teniente; Eliseo es su compañero de lecturas, con quien le veremos traducir una novela del francés (21 de marzo de 1939); Ferreres es quien le sirve

---

4 *Arrowsmith* ganó el Premio Pulitzer en 1926 (que Harry Sinclair Lewis rechazó) y fue traducida al español el mismo año como *El doctor Arrowsmith*.

5 En el prólogo a su polémico volumen *Sobre crítica y críticos*, Juan Luis Alborg sugiere en tono burlesco que ese libro es «una novela de la crítica contemporánea» (p. 11). De hecho, Ricardo Vivancos (2022) afirma en un estudio sobre él que es «la obra más personal de Alborg», pero se entiende que se trata dentro del marco de su historia literaria. Este epistolario, además de ser personal por naturaleza, es narrativo.

de librero, puesto que se ha quedado en Valencia por razones de salud. También abunda la acción, a menudo sorprendente en tiempos de guerra, como los paseos por el campo, los deportes improvisados y las tertulias musicales descritos con una elegancia extraordinaria.

Aunque con falsa modestia, Juan repite que no encuentra las palabras para expresarse, el tema por excelencia es el amor apasionado que siente por su prometida. Dada su educación humanística, Juan estaba ya, sin duda, bien versado en la tradición del amor cortés y el género epistolar. Cabe preguntarse si como buen seminarista se inspiró en lecturas como *Pepita Jiménez* de Juan Valera, que indudablemente conocía. En cualquier caso, sus cartas parecen preludear sus estudios posteriores<sup>6</sup>. A pesar de su pasión amorosa, Juan es siempre recatado; no hay nunca ninguna expresión indecorosa o atrevida ni de mal gusto en sus expresiones de cariño<sup>7</sup>.

Otros temas recurrentes son el tiempo y sus vicisitudes, a menudo en comparación al clima mediterráneo al que estaba acostumbrado. La comida es otro tema primordial; casi se podría ilustrar un recetario del soldado en sus cartas: las migas, el pan con aceite, las habas hervidas, los garbanzos, los huevos fritos con chorizo, el arroz... son todos descritos y degustados con detalle.

Las cartas se caracterizan a su vez por sus ausencias. Por ejemplo, no existe casi ninguna mención de la guerra en sí ni de la política. Es posible que esto se debiera, por lo menos en parte, al miedo a la censura y a que Juan no estaba en el frente, sino en la retaguardia, pero, excepto las breves menciones de la aviación fascista, sus cartas son básicamente apolíticas. Es de notar también que, a pesar de haberse educado en un seminario, no existe una sola mención de Dios, ni tan siquiera en alguna expresión coloquial. No hay ninguna referencia espiritual o religiosa como reflejo de su agnosticismo. Tampoco hay muchas menciones de su pasado familiar y las relaciones con su familia y conocidos. Sus preocupaciones, aparte del tema amoroso primordial, son existenciales y en el presente de la es-

---

6 Véase su estudio sobre *Cárcel de amor* por Diego de San Pedro (volumen I, segunda edición de su *Historia de la literatura española*, pp. 454-458) como ejemplo del género epistolar. Aunque Alborg no llegó a estudiar a Juan Valera, sí comenta sobre la importancia de las cartas de Fernán Caballero y «su calidad como epistológrafa» (volumen V, p. 478).

7 Pedro Salinas (1967) enfatiza «El escribir recatado» en su ensayo «Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar», pp. 59-61. Una de las muchas características que comparte con las cartas de Juan a Conchita.

critura, como la monotonía de la vida del soldado o la anticipación de un futuro mejor conforme se van alargando los años en guerra.

El vocabulario es rico y preciso, como si el futuro escritor ya estuviera formado. Los adjetivos, sobre todo, son variados y expresivos. Abundan los superlativos (queridísima, chatísima) y las exageraciones que crean cierto humor, particularmente en las cartas durante 1938 antes de los tres últimos meses de 1939, cuando Juan y Conchita han perdido la alegría y casi la esperanza. Juan está consciente de querer entretener a su interlocutora creando una carta amena y consecuentemente deleita a sus lectores. La lectura de las cartas está acentuada por el suspense, ya que a menudo anticipa sucesos o los deja para el día siguiente, como los traslados de la brigada o los permisos de viaje. En su carta el 12 de septiembre de 1937, por ejemplo, le dice a su destinataria: «Como la carta ésta ha sido demasiado prosaica me despido hasta mañana con el anuncio de un poco de poesía». En cualquier modo el escritor está consciente de su estilo; se edita a sí mismo y cuida la estructura de sus cartas; no le gustan las cartas «mal hilvanadas» (30 de julio de 1937) ni escritas «con incoherencia» (19-20 de septiembre de 1937). Constantemente se esmera cambiando de temas y alternando sus «cantilenas» de amor con los sucesos cotidianos. Le dice a su amada: «A ti te he contado estas cosas porque procuro que mis cartas sean siempre algo más que un madrigal de amor, y te vayan delineando poco a poco mi carácter, mis preocupaciones, y mi manera de ser y de pensar» (5-6 de noviembre de 1937).

En otras palabras, estamos frente a una teoría del género epistolar. Juan Alborg no cesa de hacer constancia en lo que consiste para él una carta bien escrita. Sus comentarios pueden resumirse como los rasgos de una teoría «metaepistolar» o cómo se debe escribir una carta, que diría Enric Bou cuando describe las reflexiones a las que se entrega Pedro Salinas (2018: 16). En términos de Ana Garriga y José Teruel: «El escritor en sus cartas conoce los mecanismos propios del ejercicio de la escritura, es consciente de las irrevocables consecuencias que trae consigo el signo escrito» (*Historia e intimidad*, 2018: 15).

Juan Luis Alborg demuestra ser un hombre complejo en su ideología. Políticamente era liberal y progresivo, al igual que en sus creencias religiosas de libre pensador, a la vez que muestra su carácter mandón y manipulador chapado a la antigua en lo que se refiere a su relación con Conchita. No quiere que ella trabaje fuera de casa y le dicta lo que debe hacer en todos los aspectos. Dada su superior educación, no nos extraña que dirija sus lecturas, recomendándole los libros que debe leer y los que debe evitar, le hace cambiar hasta su letra. Como Pigmalión,

indoctrina a su Galatea también en su apariencia física; comenta sobre el corte de pelo, la ropa que viste y el lápiz de labios que debe usar. Mientras tanto él no sabe fregar los platos, lavar la ropa ni cocinar, aunque aprende a hacer todo esto y mucho más durante la guerra, como cortar leña, montar en burro y nadar en el río Guadalquivir.

El método y la organización se establecerá en un orden cronológico; o sea desde el verano de 1937, cuando Juan fue llamado al frente hasta finales de marzo de 1939, cuando termina la guerra. De las más de cuatrocientas cartas, incluiré unas cien de las más representativas divididas en capítulos con su respectiva introducción, procurando que el lector se haga una idea global de su alcance, evitando muchas de las repeticiones que, naturalmente, caracterizan estas cartas si fueran incluidas todas. Sin embargo, cada carta adjunta en los capítulos posteriores será representada en su totalidad tal y como fue escrita, con mínimos cambios para conservar su autenticidad. Se ha respetado la puntuación original, su peculiar uso de los dos puntos o el mantenimiento de usos ortográficos antiguos, como el de los cardinales o el de las mayúsculas para los meses del año, aun cuando en ese momento no eran ya considerados nombres propios. Se ha restituido la tilde en las pocas ocasiones en que faltaba (respetando la obligatoriedad de entonces en los pronombres demostrativos y el adverbio *solo*) y se ha intervenido sobre algunas incorrecciones ortográficas o gramaticales propias de la escritura rápida. Algunas aclaraciones relativas al contexto o contenido de las cartas se reservan para las notas, pensadas también para el lector no español. Los futuros estudiosos de la obra de Juan Luis Alborg podrán tener acceso a los originales y al resto de las cartas en el archivo de su legado depositado en la Biblioteca de Estudios Sociales y de Comercio de la Universidad de Málaga.

Como antecedente al conjunto epistolar, el primer capítulo versará sobre la infancia y adolescencia del joven escritor para familiarizar al lector con su vida en los años anteriores a la Guerra Civil. Además, se incluirán aquí los datos esenciales para conocer a Conchita Carles, su interlocutora ideal y el motor de su epistolario. Aunque las cartas de Conchita ya protagonizaron un libro de memorias escrito en inglés y titulado *My Mother, That Stranger. Letters from the Spanish Civil War*, mencionado anteriormente, en el apéndice de este libro se han incluido seis cartas de Conchita. Nótese como se transforma su letra de colegiala de las primeras fechas. Inclusive, su estilo se desarrolla imitando al de Juan en su expresividad y en la extensión de sus cartas.



Espero que el estudio de esta correspondencia sirva para darle al lector un retrato del joven escritor Juan Luis Alborg diferente al que se conoce como crítico literario. Desconocido hasta ahora, este epistolario demuestra la complejidad del estilo y los temas del futuro crítico literario e historiador de la literatura española. Si leemos estas cartas como un texto literario, podemos comprobar que su autor era un narrador nato, culto y elegante a pesar de su joven edad de veintitrés a veinticinco años. De acuerdo con los términos propuestos por José Teruel y Ana Garriga en *Historia e intimidad*, estas cartas no solo demuestran la intimidad de su autor en lo que se refiere al tema amoroso y sus relaciones con su futura esposa, Conchita Carles, sino que elucidan el momento histórico tan significativo de la Guerra Civil española: «Lo único que importa es que las cartas pertenecen al espacio de la escritura, a la “máquina literaria”, y como tales debemos acercarnos a ellas» (*Historia e intimidad*, 2018: 11). Además de su valor literario y biográfico, dada su fecha, este documento será de interés para especialistas en historia de la lengua española, sociólogos y antropólogos.

Ya he destacado en otras ocasiones que para mí la escritura no es una labor solitaria. Al contrario, me es necesario compartir ideas, repasar manuscritos, considerar cambios con mis colegas escritores. Este libro no ha sido una excepción, por lo tanto, debo agradecerles a muchos sus sugerencias y apoyo. Belén Molina ha sido desde el principio la gran animadora y colaboradora esencial de este proyecto; José Teruel ha delineado el contexto teórico en su acertado prólogo; Ángeles Encinar sigue haciendo, como siempre, de puente a través del Atlántico; Adriana Lewis Galanes, gran lectora de la obra crítica de Juan Luis Alborg, ha leído detalladamente este manuscrito. A todos ellos mi más sincero agradecimiento, puesto que sin su colaboración este libro sería otro. Dámaso Leguiza fue guía, videógrafo y compañero ideal durante el viaje por Jaén que sirvió de inspiración para la conclusión del libro.

Por último, ha sido un placer trabajar con los equipos editoriales de la Universidad de Málaga y de Valencia por su profesionalidad y eficiencia.

Este libro está dedicado a la memoria imperdurable de mi padre.